



LA TRADUCCIÓN DE LO INEFABLE

I Congreso Internacional de Traducción e Interpretación

Soria

Lamentable resulta empezar una reseña con una afirmación general, pero la que sigue posiblemente no tenga mucha contestación: la traducción, la reflexión traductológica está de moda. Una moda inocua, conveniente, incluso bienvenida, pues significa que la comunicación con lo otro, con lo distinto, con lo incomunicable e inefable sigue invitando a la reflexión. Tal es lo que demuestra este Congreso que la ciudad castellana acogió en esa Audiencia que marcaba las horas interiores del poeta andaluz en Castilla. El frío soleado del diciembre soriano aportó el ambiente de trabajo que semejantes sim-po-sia exigen.

Al tema titular del mismo –la traducción de lo inefable– no respondían ni mucho menos todas las comunicaciones presentadas –algunas versaban sobre factores tan efables como la traducción mecánica, sobre problemas de recepción o sobre la autotraducción en la ciencia–, pero es ése un achaque corriente en tales encuentros que configura un sistema planetario alrededor del tema titular, que en este caso tenía una entidad y un interés extraordinario. Treinta y cinco intervenciones, sazonadas con una mesa redonda alrededor de la traducción de Claude Simón, han venido a enriquecer un *corpus* de reflexiones –que no de teoría, si ésta se entiende como sistema– sobre un tema clásico en el ramo que se variaba de una manera original: de la intraducibilidad se hacia inefabilidad. Van de Broeck, profesor de Amberes, apoyándose en Jakobson, y el que esto reseña, que también intervino en el evento, pusieron de relieve esa equivalencia o ecuación inefabilidad=intraducibilidad. Este tema tradicional en el pensamiento traductológico era rastreado por un servidor en las reflexiones de los traductores alemanes: Schottel, Breitinger, Gottsched, Schopenhauer, Humboldt y Broch. W. Segers, de Amberes también, realizó un análisis de las variantes de intraducibilidad en los textos de

Derrida: por tensión entre la expresión y los elementos que la componen, por homofonía, por polisemia. Manuel Ramiro, de Soria-Valladolid y codirector del congreso, analizaba lo intraducibilidad de lo inefable dicho en textos de Cortázar. Sugerente variación temática era la de Antonio Piedra, de Valladolid, sobre el concepto de inefabilidad, si bien carente de aplicación a la traducción. Alberto Rivas, de Luxemburgo, explicitaba la vivencia de inefabilidad en la traducción de Cassou por Guillén. La crítica literaria de un poema de G. M. Hopkins que hacía Zarandona Fernández, de Valladolid, desembocaba en la determinación de los factores de inefabilidad/intraducibilidad.

Otras aportaciones destacables, ya fuera del ámbito estrictamente conceptual de lo inefable/intraducible, fueron las de Pérez, de Oviedo, que analizaba, sin mencionarlos, los dos métodos de Schleiermacher en una serie de posibilidades combinatorias y operativas de los componentes del proceso ante los que el traductor debía actuar alternativamente, la de J. R. Guzmán, de Castellón, quien reflexionaba sobre la traducción de ciertos términos de la teoría de la recepción, y la de Planelles Iváñez sobre problemas de feminización léxica y muchas otras hasta la treintena, cuya mención se escapa a los límites de esta recensión que pretende dar las líneas maestras de este congreso magníficamente «conducido» por sus organizadores, a los que animamos a seguir por ese camino hasta que consigan implantar en la bella y recoleta ciudad castellana unos estudios que darían a ésta la dimensión humanística y de modernidad, de la que tan necesitada está –no por falta de voluntad propia, sino de desatención gubernativa– y que por justicia equitativa le corresponde.

MIGUEL Á. VEGA